

LA PALABRA

Y EL HOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Germán Martínez Aceves
gemartinez@uv.mx
Universidad Veracruzana

Óscar Chávez, un juglar del siglo XX

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 53, julio-septiembre 2020, pp. 85-87.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección de Editorial
La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Es así como en la sabiduría del mundo náhuatl podemos hallar elementos de una *intra-física* que nos ayuden a pensar nuevos modos de relación con nuestro entorno.

res que nos rodean: la Tierra y sus habitantes, pues hemos constatado las consecuencias de una racionalidad mecanicista –propia de la Modernidad– que desplaza los aspectos vivos y orgánicos de nuestro planeta, reduciéndolo por completo a función y operatividad. Es así como en la sabiduría del mundo náhuatl podemos hallar elementos de una *intra-física* que nos ayuden a pensar nuevos modos de relación con nuestro entorno. Esta es una tarea para quienes nos dedicamos a la filosofía en México y que, como herederos de una tradición, podemos pensar sus posibilidades presentes y futuras; solo así, de esta manera, nuestros ancestros, entre ellos la palabra de nuestro *tlamatini* y *temachtiani* Miguel León Portilla, siempre serán recordados. **LPyH**

NOTA

¹ La semblanza que resalta el trabajo académico de uno de los más grandes filósofos del pensamiento náhuatl, nuestro gran *tlacuilo* Miguel León Portilla, fue presentada en el marco de un homenaje a nuestro autor el 14 de octubre de 2019. A la distancia de poco más de un año, no he querido dejar pasar la ocasión de publicar este breve recuento de su trayectoria.

Ramón López González es profesor de asignatura base en la Facultad de Filosofía de la uv y en otros programas de licenciatura y posgrado.

Óscar Chávez, un juglar del siglo XX

Germán Martínez Aceves

El infierno es amor...

ÓSCAR CHÁVEZ

En estos días de la propagación del Covid-19, donde el tiempo lleva otro ritmo, la vida camina por la cuerda de la incertidumbre y el siglo XXI aún no define su identidad, las pérdidas humanas cavan huecos en el espíritu donde los recuerdos alimentan la nostalgia.

Por razones diversas, las ausencias en la narrativa, la poesía y la música se fueron sucediendo en el mes de abril. Primero nos quedamos sin el latido de Luis Eduardo Aute, después sin las letras atrevidamente eróticas de Rubem Fonseca, continuó en la lista de desapariciones Luis Sepúlveda, el narrador de las historias del viejo que leía novelas, y finalizó el cuarto mes con la muerte de Óscar Chávez.

De cada uno de ellos hay tela de donde cortar para hilvanar semblanzas necesarias. De manera particular, las siguientes letras serán para el Caifán mayor. El Covid-19 mostró su potencial peligrosidad: Óscar Chávez apenas tenía dos días de haber dado positivo e ingresado al hospital y en cuestión de horas dejó de existir.

¿Cómo se hace un caifán?

Los caifanes es una película icónica dirigida por Juan Ibáñez con guion de Carlos Fuentes. Fue estrenada en 1967, un año ante del movimiento estudiantil del 68. En

la cinta, un par de jóvenes de clase alta, Paloma (Julissa) y Jaime de Landa (Enrique Álvarez Félix), salen de una fiesta y, en búsqueda de un espacio para continuar su romance, ingresan a un auto aparentemente abandonado pero que pertenece al Capitán Gato (Sergio Jiménez) y sus Caifanes, El Estilos, El Azteca y El Mazacote (Óscar Chávez, Ernesto Gómez Cruz y Eduardo López Rojas). El encuentro de jóvenes de dos estratos sociales diferentes se convierte en una larga aventura nocturna que transita entre lo irreverente, lo surrealista y el amor furtivo.

Carlos Monsiváis (quien aparece fugazmente en la película interpretando a un Santa Claus ebrio que recita “El brindis del bohemio” en una clásica taquería que da servicio en la madrugada) definió la palabra *caifán* como parte del caló pachuco de los jóvenes mexicanos que vivían en California como una mezcla de español e inglés: *cae fine*, es decir, “cae bien”.

En el *Útil y muy ameno vocabulario para entender a los mexicanos*, de Héctor Manjarrez, “caifán es ñero, cuate, naco, bróder”. Es decir, pertenece a la broza, a la pandilla, a la flota. Su espacio es la calle y su territorio, el barrio.

En la película, Paloma, extrañada por el nombre, le pregunta a Jaime, su novio: “¿Qué es un caifán?” Para el *señorito* de cabello envaselinado impecable, es un pachuco, pero El Azteca define con orgullo su estatus: “Caifán es el que las puede todas”.

Entre los caifanes hay niveles también. Óscar Chávez, *El Estilos*, nació el 20 de marzo de 1935 en la colonia Portales de la Ciudad de México; forjó su identidad en los barrios de Santa María la Ribera y la Roma Sur, pasando por la formación teatral y el gusto por investigar la música popular de México y América Latina. Personaje de buena estrella con el privilegio de



Sobreviviente

ser libre, contestario, marginal y popular.

La segunda mitad del siglo xx mexicano dio paso a pobladores urbanos alejados de la herencia del movimiento revolucionario. Las juventudes que se divertían a ritmo de rock y baladas serían, como observara también Monsiváis, las primeras generaciones de estadounidenses nacidos en México.

En ese cambio generacional, Óscar Chávez forjaba su leyenda poliédrica en la cantera teatral bajo la instrucción de maestros como Seki Sano, Emilio Carballido, Salvador Novo, Sergio Magaña o Juan Ibáñez.

Siempre cercano a la literatura (era primo de Eduardo Lizalde) y la música, forjó su personalidad en un contexto de trova yucateca, de bambucos colombianos, de boleros caribeños y al mismo tiempo perfiló su conciencia social, de canción de protesta.

Aparentemente hosco, protegido por una seriedad que marcaba distancias, en realidad era reservado, amigo, solidario pero, eso sí, muy exigente para producir

teatro, radio o canciones.

La década de los sesenta fue sin duda un parteaguas para las nuevas generaciones. La rebeldía se oponía al autoritarismo, el amor y la paz a la guerra, la libertad sexual a la mojigatería parroquial, la libertad a la represión. El punto de quiebre fue el movimiento estudiantil y la fecha emblemática, 2 de octubre.

En el documental *El grito. México 1968*, dirigido por Leobardo López Arretche, se registra la participación de Óscar Chávez en el Primer Festival Cultural, recital histórico en la explanada de Ciudad Universitaria en el que participaron Margarita Bauche, José de Molina, Los Nakos, Los Folkloristas, Judith Reyes y León Chávez Teixeira.

El momento es determinante para Óscar Chávez, quien no se encandila con los reflectores del cine, el teatro, las telenovelas o las fotonovelas. A partir de ahí, su canto se identifica con la protesta, la crítica y la parodia.

En ese recital que se realizó el domingo 18 de agosto se perfila

el estilo de Óscar Chávez. Las parodias interpretadas en el género del corrido o la balada quedan fielmente registradas en grabaciones históricas que se burlan de Gustavo Díaz Ordaz (en ese momento, presidente de la República), de los granaderos, del ejército y glorifican las gestas del movimiento estudiantil al tiempo que dejan constancia de los trágicos hechos de la noche de Tlatelolco.

Un juglar urbano

En la Edad Media existían artistas que recorrían los lugares acompañados de algún instrumento para cantar los acontecimientos de la vida; eran los juglares que, con rimas y poemas, informaban a la gente o a la realeza. Óscar Chávez era un juglar del siglo xx que no necesitó un representante que lo colocara en los medios de comunicación o que pagara *payola* (cuota que dan las disqueras a las radio-difusoras para promover éxitos) a fin de que sus canciones fueran difundidas. La leyenda de Óscar Chávez se hizo a ras de tierra, en mítines, peñas, conciertos populares, asambleas, teatros de revista.

Su primer trabajo discográfico es de antología: se trata de *Herencia lírica mexicana*, que grabó para el sello Polydor en 1963. Lo acompaña el guitarrista Pepe González Márquez. En ese LP se registran canciones novohispanas. El éxito es tal y el material tan abundante, que graban dos discos más.

Emilio Carballido escribe en la contraportada del volumen I del disco:

Hay una coherencia cultural, un sentido tal de la Música, con mayúscula, entre las diversas actividades de Óscar Chávez, que no podemos decir que nos encontremos ante un artista de muchos talentos. Más bien estamos ante

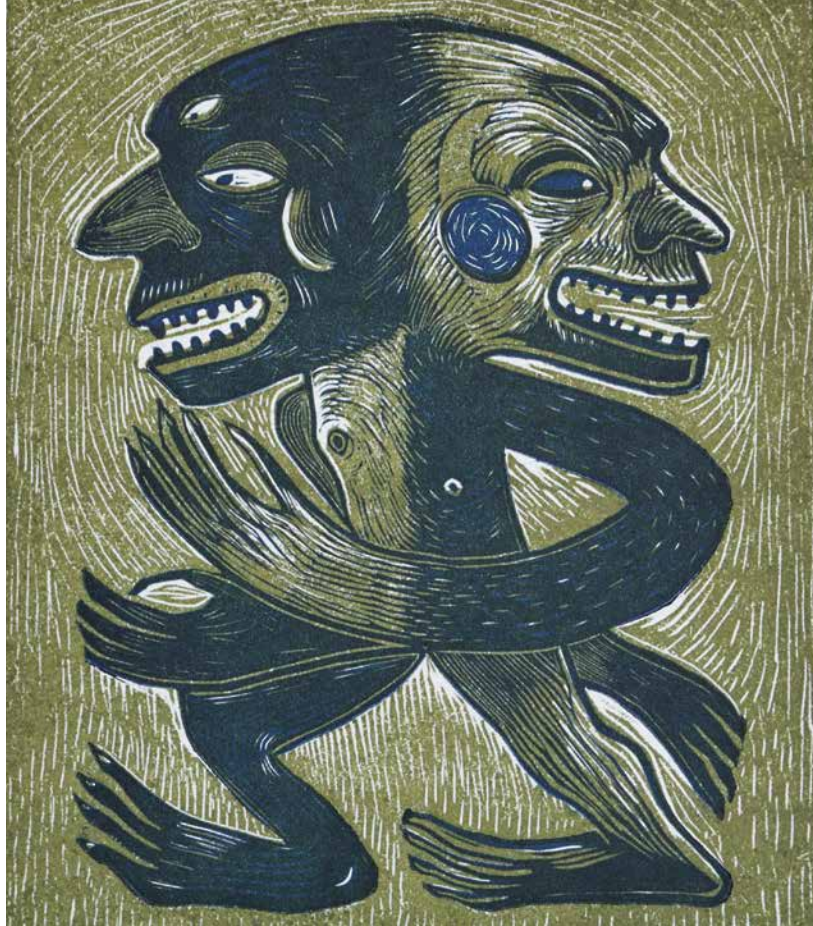
un dueño de un solo y gran talento, perseguidor de un solo y gran propósito. La presentación de este disco viene a ser un paso más en una carrera que promete ser importante y memorable.

Y así fue. A partir de ahí Óscar Chávez grabó más de cincuenta discos hasta 1995 y participó en otras grabaciones con Tehua, Amparo Ochoa, La Castañeda y Caifanes. Las grabaciones fueron la extensión de sus presentaciones y sus recitales, la reafirmación de sus éxitos.

He aquí una lista mínima de canciones que llevan el sello Óscar Chávez: “Román Castillo”, “El Pájaro y el Zanate”, “Mariana”, “El Charro Ponciano”, “Marihuana”, “Quihubo cuate”, “Fuera del mundo”, “Por ti”, “Macondo”, “La niña de Guatemala”, “Hasta siempre, comandante”, “A Salvador Allende”, “Perdón”, “Perfume de gardenias”, “La casita”, “Flores negras”, “De ranchero a diputado”, entre otras.

El recorrido musical que hizo a lo largo de su vida de trovador incluyó los caminos de México y América Latina, pasando por todos los movimientos populares coyunturales, incluidos los guerrilleros. La lírica de Óscar Chávez fue una simbiosis de poesía, narrativa, sabiduría ancestral, humor, amor y crítica paródica, un estilo que no solo llenó plazas o auditorios, sino también el Palacio de Bellas Artes y el Auditorio Nacional.

Su compromiso con las mejores causas se refuerza cuando encuentra en el sello Pentagrama, de Modesto López, una plataforma ideal para continuar con su gran



Acontecimiento

producción. Es un mundo paralelo donde la llamada *nueva canción* se afianza y sobrevive en un panorama donde la industria del espectáculo navega en la banalidad, en la mayoría de los casos.

En 2009, Óscar Chávez asistió a la Universidad Veracruzana a la ceremonia de entrega de los doctorados *honoris causa* a Ernesto Cardenal y Eduardo Galeano, dos de sus grandes amigos. Al siguiente año, 2010, estuvo en el recital de clausura de la Feria Internacional del Libro Universitario con el Trío Los Morales, sus casi inseparables compañeros. Su participación fue tan exitosa que el Foro de la Casa del Lago UV resultó insuficiente: “A la próxima nos vemos mejor en el estadio”, diría en broma.

Caifán, juglar, trovador, espíritu de salmón (que va contra la corriente), su apuesta no solo fue transitar por otro camino de la música, sino también ser protagonista del cambio en México. La causa que más abrazó hacia el final fue la del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Ya no pudo ser testigo de más cambios en este país que marcha con todas sus contradicciones, estires y aflojes, porque finalmente, como dijera en su canción *Por ti...*, “el infierno es amor”. **LPyH**

Germán Martínez Aceves es egresado de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Actualmente coordina la Feria Internacional del Libro Universitario de la UV.